

Borges y La Pasionaria

POR JORGE CALVIMONTES

BORGES, a pesar de su proclamada y progresiva invidencia es, probablemente, tenaz y cotidiano escudriñador de los espejos incrustados en alguno de los muros de su solitaria y gris residencia otoñal. Allí se ha debido reflejar, muchas veces, su imagen desproporcionada por la lente de aumento de una egolátrica veneración. La ceguera de sus ojos y la de su espíritu no le impidieron emular la actitud del mítico Narciso.

Para Borges no ha sido espejo de su rostro la superficie clara de un arroyo cristalino, sino los terríficos y sombríos acarreo sanguinolentos de una tromba empantanada en las arenas movedizas de Videla y Pinochet.

Allí estuvo encontrándose; el deleite de su íngénita identificación con el descaro y la arbitrariedad, no le ha permitido percatarse de esa difusa medianía intrínseca al modo de ser de la impostura, aquella desesperada de brillar, no importa dónde ni cómo se origine la flama.

Ahora aparece otra vez, de nuevo se deja oír, y arremete contra quienes, tal vez por descuido o, simplemente, por el convencimiento de su escasa significación política no lo tomaron en cuenta para distinguirlo con una presea internacional.



SEGUN él, la institución del Premio Nobel sólo distingue a los mediocres y qué mediocres son todos los premios Nobel de literatura. La afirmación es desesperada, tiene el resplandor efímero del ocaso. Borges, a tiempo de apagarse, pretende lapidar a las figuras oficiales de la "grandeza literaria". Borges, clásico e inteligente impostor, una sola vez ha sido auténtico: cuando se decidió a compartir la grandeza de los dictadores, encaramados en el dolor y las privaciones de los pueblos del cono sur.

La Pasionaria, voz heroica de la España combatiente, habla ahora. Su acento fuerte todavía, pero notoriamente languidecido, como si el peso de ocho décadas de edad y más de treinta años de ostracismo, hubiesen enraizado fibrillas conciliatorias en el tronco de su vieja pasión revolucionaria, corre ahora como el arroyo de aguas serenas, pero de profundo cauce. ¡Tanto llueve y se lava la corteza de la Tierra!, se deslie el color del tiempo o se hacen surcos en la superficie lisa de los maderos jóvenes.

TAL vez no sea el caso de Dolores Ibaruri, tampoco es el de su pueblo. A su hora y cuando era necesario, su voz supo decir: "No pasarán..." Hoy se le escucha afirmar "Juan Carlos no estorba". Es cierto, la época es distinta, diferente la jornada. Como ella misma lo ve: "los geranios están cubiertos de nieve", acaso haya razón para admitir un circunstancial y escarchado rocío de reformismos cubriendo los claveles de la República.

A pesar de una posible democratización de España, la noche treintañera no ha disipado aún sus sombras. Tal vez por eso, Lister se aleja de Carrillo; ¿está bien cuestionarse con la línea socialdemócrata del socialismo europeo?, ¿será legítimo encontrar similitudes entre el eurocomunismo y otros ismos? La Pasionaria, simplemente, desecha esa posibilidad, a ella le interesa el fin, la meta. Tal parece, ella ha de volver a Madrid, Santiago ha vuelto, ¿Volverá la República?



VOCES ambas, las de Borges y La Pasionaria, expresan una autenticidad irrecusable. Cuique suum habrían dicho los romanos, a cada cual lo suyo, parafraseando nosotros. Nadie puede ser menos, ni más, de cómo se perfiló su figura y eso, vulgo, "hasta la sepultura". ¿Cómo esperar de Borges sino la disminuida y mecánica imitación de Eróstrato? Este último insertó su egolatría en las páginas de la historia cuando incendió el templo de Artemisa en Efeso.

Borges, en su afán de notoriedad, trata de arrojar sombras sobre el mismo templo, de por sí opaco, donde él estuvo salmodiando la medianía laudatoria del acólito. Tarde viene a invocar el misterio evangélico y no pudiendo hacerse apocalíptico, retorna a la catástrofe del despecho.

La Pasionaria, en cambio, opuesta similitud, enciende otra vez su voz, y, aun cuando ésta no sea fervoroso coraje fortaleciendo la vanguardia de pechos combatientes, viene a unimismarse con la ruta del regreso. "He de volver a España —dice— no importa si ello significa un retorno a las cárceles". "Hasta pronto en Madrid", repite la octogenaria. Su figura desgarrada, sus ojos todavía llenos de luz y su cabellera blanca, acompañarán, sin duda, un largo trecho a los viejos y nuevos caminantes.

Un yambo de autenticidades. La una minúscula, la otra grande, tan diametralmente opuestas.